

UN AÑO DE CORTES

Ya hace más de un año, trece meses, que comenzaron a funcionar las Cortes; ya hace más de un año que se presentó al Congreso la ley de Administración local, y asusta pensar lo que se hubiera podido cumplir en todo ese largo tiempo de sesiones seguidas de un programa completo de Maura de paralizar toda tarea legislativa hasta tanto que se aprueba su proyecto.

Ni se ha votado en un año ley ninguna que merezca la pena de ser recordada como trascendental, ni se ha adelantado tampoco en la discusión del régimen local lo que en otras circunstancias y sin tan intolerables imposiciones. Y no vale escandalizarse, como finge escandalizarse el Sr. Maura, de la obstrucción mansa ó airada que se hace a su proyecto.

Recordemos hechos pasados y tengamos memoria, Sr. Maura. Allá en el otoño de 1906, y con motivo de la conducta del Gobierno del Sr. Villaverde en las elecciones municipales de Madrid privando de interventores a los republicanos, éstos emprendieron una campaña de obstrucción, no contra una ley que no tiene plazo para aprobarse, sino contra los presupuestos, que tenían el plazo fatal que marca la Constitución.

El Sr. Maura estaba en el Parlamento; el Sr. Maura dirigía una parte de la mayoría, la más considerable tal vez. Presenciaba el espectáculo de las votaciones nominales á todos los capítulos y artículos de la ley de presupuestos, y no protestó, no dijo nada contra la imposibilidad de que funcionase el Parlamento. Hizo algo más que no protestar, que callarse, que presenciar impasible lo que ahora considera un agravio al régimen, y fué levantarse un día y ayudar piadosamente a la caída del Sr. Villaverde.

Verdad es que la conducta del señor Maura entonces obedecía al grave é importante pensamiento de Estado de heredar, como efectivamente así se realizó, al hombre á quien arrojaba del poder. Y cuenta que aquello duró desde el 7 de Noviembre, víspera de las elecciones municipales, hasta bien entrado el mes de Diciembre, sin una interrupción, hablando día que se verificaron diez ó doce votaciones nominales. Ahora la obstrucción ha tenido notables intermitencias, y si bien se emprendió á principios del mes de Marzo, por un grupo de diputados republicanos, luego fué desmayando en intensidad. En los últimos días, no más de una semana, se ha recrudecido la obstrucción, aumentando el número de diputados de todos los partidos de oposición que la practican.

Y es por esto, por una semana de verdadera obstrucción, por lo que se inculca la Maura y pierde los estribos y arma tumantos contando los diputados que piden la nominal! Qué hubiera hecho de encontrarse en el lugar de Villaverde, con mes y medio de terrible, de despiadada, obstrucción á los presupuestos? El no puede temer que haya otro Maura que lo derribe y otra mayoría que siga al delahador de su partido, y he ahí por qué echa roces y gasta humos de emperador en el Parlamento. A bien que eso no ha de ser eterno y algún día vendrá en que los manes de Villaverde sean vengados.

Llevamos un año de Cortes, un año de infundadidad y de esterilidad, y se ha llegado—ciego sería quien no lo viera—á una situación de anarquía parlamentaria, que no ha tenido nunca igual en las Cortes españolas. De ese estado de anarquía es principal responsable, por no decir único, el presidente del Consejo de ministros; porque siempre, siempre, es función de los jefes de Gobierno regular con sus actos la vida constitucional y parlamentaria.

¿Habrá alguien que dude hoy que ha sido el proyecto de Administración local la causa, la culpa, el origen de la división de los elementos de la izquierda, y principalmente de los republicanos? ¿Habrá alguien que ignore los motivos de esa interna disgregación de fuerzas que son, no sólo útiles, sino necesarias, para el bien público? Esa es la piedra de escándalo, la substancia perniciosa que extiende su contagio melancólico á cuanto toca. Preguntado á Salmerón, preguntado á Azcoárate, mirado á los bancos de una minoría que cuenta 38 diputados.

Esa ley es el sublimado corrosivo de la política española, y á ello sacrifica el señor Maura todos los problemas nacionales, paralizándola la vida de la patria. Por salud pública es preciso hacer saltar al autor de tanto mal, porque hay algo peor que tener cerradas las Cortes, y es tener abiertas un año seguido para su mortal descrédito.

Y ASI VA EL MUNDO...

MENELICK, CIVILIZADOR

Hace algunos años los vecinos de Nápoles hicieron una de púpulo bárbaro con el pobre Ben Jenaro porque tardaba en hacer el milagro de cocer la sangre. Le apedrearon. Le esposaron. Le dijeron horrores.

—Date prisa, se arrastrao, que no tenemos tiempo que perder!

—No va á ser bosté la que te doy si no haces el milagro.

—Luego, cuando el pobre San Jenaro hizo el milagro—porque ¿qué remedio lo quedaba?—los del pueblo le pidieron perdón, diciéndole: —Ferdónanos, San Jenaro; que tengas salud, y hasta otra. (Hasta otra escandalosa por cocer la sangre.)

San Jenaro, que es discreto y muy decente, no dijo otra boca es mfa. Quien dijo algo fué Menelick, el cual, enterado del motivo napolitano contra un santo, se indignó atrocemente al recordar que los italianos habían tenido la pretensión de civilizar á Abisinia.

—En mi Imperio—observó aquel tremebundo negro, frunciendo el morro y abriendo la nariz—no somos tan borricos.

Esa vez no se trata de San Jenaro, sino de la corte celestial en masa. Según dicen de Roma, los vecinos de Bari formaron una pro-



Las meditaciones del presidente.

—En un año de plazo que tenemos,—la ley. Cambó ó yo, ¿no moriremos?

cesión de 30.000 almas para pedir al cielo que desahogase las nubes sobre los campos, que no llamará agostados porque estamos en Julio.

La procesión gritó, lloró, blasfemó. Los hombres se azotaron con correa. Las mujeres se arrancaron los pelos. Y el mandar llover resultó un escándalo mayor que el cocer la sangre.

Parece que Menelick, al enterarse de este suceso, ha resultado salir con tropas para Bari. —¡Pobres gentes!—exclamó—. Hay que civilizarlas...

Luis BONAFUOX.

POLITICA INTERNACIONAL

El crimen del Foreign Office.

POR CORREO Londres 7.

«Lo que me atreví á decir solo, en la Cámara de los Comunes, en vísperas del viaje del Rey Eduardo á París, lo comensé hoy todos los partidos por el órgano de sus periódicos, lo mismo los conservadores que los radicales y los laboristas. Se trata de un crimen del Foreign Office, contra el que protesta con unanimidad el pueblo inglés, un crimen de lesa humanidad contra el pueblo persa, con la complicidad de la autocracia rusa.»

Así me hablaba esta mañana en los pasillos de Westminster el venerable patriarca del laborismo inglés, el batallador James Keir Hardie, el héroe que jamás ha pensado en los sufrimientos propios; pero que tanto ha sufrido ante los sufrimientos ajenos y que tanto ha luchado por mitigarlos.

Entonces se oyó que la entrevista de Reval no tenía más objeto que la solución del problema macedónico, la cuestión de la integridad de los países eslavos y de la determinación de las respectivas esferas de influencia en Persia y el Afganistán. Pero las revelaciones que estos días han venido haciendo á varios diarios ingleses, al independiente *The Times*, al conservador *Morning Post*, á los radicales *Daily Chronicle* y *Daily News*, los prohombres del liberalismo persa que accidentalmente se hallan en Londres no dejan lugar á la menor duda.

La situación actual de Teherán es la consecuencia de la entrevista de Reval. El Shah no podía realizar su golpe de Estado contra las nuevas instituciones democráticas sin contar con el dinero ruso para pagar á sus esbirros y con el apoyo material de los oficiales moscovitas, únicos capaces de organizar una manada que sólo saben llevar á cabo los cobardes venecidos de la Mandchuria, que huyen despostrados ante los soldados del invicto Korbak pero se transforman en tigres sedientos de sangre cuando se trata de asesinar á ciudadanos mal armados ó á mujeres indefensas en las calles de Varsovia, de Buda, de Kischineff... de Tabris ó de Teherán.

Pero esa intervención, directa desde el punto de vista financiero, indirecta desde el punto de vista militar, no podía verificarse Rusia sin el consentimiento de su poderosa rival en Asia.

Y ante la promesa de respetar las fronteras indias y de reconocer la supremacía británica en el golfo Pérsico, ha repetido el Foreign Office, bajo la dirección del falso liberal sir Edward Grey, y contra los caudillos de la revolución persa, el mismo crimen que cometió el rey genuino William Pitt contra los héroes de la Revolución francesa.

Y esto lo dicen órganos ministeriales tan autorizados como *Morning Leader*, *The Star*, *Manchester Guardian*, *Westminster Gazette*, *Daily Chronicle*, *Daily News* y la gran revista democrática *The Nation*, que nació bajo los auspicios del ilustre Campbell-Bannerman, y que declara hoy que sir Edward Grey no representa ya la opinión de las masas del liberalismo inglés.

Pero la situación es distinta. Con Pitt se hallaba todo el pueblo británico, mal informado por una Prensa interesada, cuyas falsedades no logró desvirtuar la voz potente de Fox. Con Edward Grey no se hallan, ni los liberales que simpatizan con los liberales persas, ni los conservadores que prevén una intervención rusa que será fatal al prestigio británico, ni mucho menos las laboristas, que irían, si pudieran, á luchar contra el despotismo del Shah.

A medida que se desarrollarán los acontecimientos en el Estado asiático se hará más patente el divorcio latente entre el pueblo inglés y su representante diplomático. No tardaremos en asistir, en la Cámara de los Comunes, á debates ruidosos, en que intervendrán Keir Hardie, Mac-Donald y eminentes oradores liberales, irlandeses y hasta *borras*.

Bastantes veces he elogiado los procedimientos de la nación británica para que no se meche de parcial si hoy declaro que los reos de la raza á Keir Hardie y á sus amigos cuando afirman que la actitud de la Inglaterra oficial, en este asunto, constituye un crimen de lesa humanidad. —Lafinancu.

Apunte del día.

LA MAYOR VICTIMA

Si muchos días, por falta de asunto, nos hemos de exprimir la sesera para enjaretar cuatro tonadas, otros, en cambio, el exceso de materia utilizable nos llega hasta á perturbar. Hoy es uno de esos días. ¿De qué hablaremos? Mil noticias pintorescas solicitan nuestra atención. No una crónica, diez crónicas en germen vemos en los periódicos matutinos. ¿Por cuál nos hemos de decidir?

Un telegrama de Moseon dice que la Sociedad rescionaria Unión de Hombres Rusos, llamada también de los Cien Negros, por odio á Tolstoy, se propone impedir á la fuerza la celebración de su jubileo. Otro despacho nos describe, con el ecuanimismo de rubrica, la bédica «stajada» de los políticos cuando intervienen en la elección presidencial. Otros nos pinta la desesperación de un paciente oco, que en Bilbao ha herido de una manotada á un pequetín. Y una gacotilla relata los trabajos de un ratero, descendiente de Hércules en línea recta, que ha hurtado cincuenta quesos en la vía pública.

Todo lo apuntado se puede comentar sin mucha zoncercia. Esos Cien Negros, que apoyándose en la razón de sus cien albardas, niegan al apóstol ruso, como él negó á Bonaparte y á Shakespeare, son unos conspiradores de melodrama ó de opereta, deliciosos; esos «yankees» que se apedrean con puñados de nieve—¡vive en Julio, compañeros!—son tan revoltosillos como simpáticos; ese rata que en medio de la calle «evapora» cincuenta quesos, es tan hábil como Mephisto y Boscó; y ese oso artista que, en un momento de mal humor, ha perdido la chaveta, es tan digno de lástima como cualquier ciudadano que comete un crimen pasional.

El pobre oso! Defendámonos, amigos. Comentemos su desdicha. Es el más débil, el más desamparado, el más amenazado, la mayor víctima de seguro. Sus compañeros de actualidad, desde Tolstoy que se burlará de sus negros, hasta el raterillo que engañará al mismo diablo pueden defenderse. El gozmo? A estas horas, su cabeza, golpeada por una tranca, sangrará dolorida, y sus lomos estarán tundidos, y su nariz desgarrada, y su vientre cruzado por el látigo, y sus ojos nublados por el terror.

¿Y por qué? ¿Es tan fiero su delito?... Eso es lo que se alimentaría en su infancia con ratones, con hierbas y con miel; que sería prudente, cándido, casto y dulce; que, por huir del vicio, ni siquiera entraría en las aldeas; que no gastaría un céntimo en aguardiente, ni le robaría los cigarrillos á su papá, soportó con paciencia su esclavitud, encerrándose con su dueño y tirano, danzó, rugió y saltó como un farandulero entre el polvo de las carreteras, y con su arte mantuvo á una familia.

¿Cómo le pagó esta familia? ¿Estimó sus sacrificios de bestia noble y resignada? ¿Veló por su buen nombre? ¿Le defendió cuando la multitud estúpida é iníca tomaba sus gemitos de cansancio por gruñidos de ferocidad? ¿Le dio, al menos, la panza, é impidió que la chiquillería le martirizara?

No, hijitos; al contrario. Protestas, miserias, leñazos, calumnias, risotadas... Y ayer, el oso, imitó perfectamente á los hombres.

Parmeno.

UN CUARTO Á ESPADAS

Brillante ha sido el de Angelito Lancha en Portugal.

Con su fuerza y destreza ha conquistado á los portugueses, y éstos con sus aplausos y la acogida entusiasta le han conquistado á su vez.

Lancha quiere grabar en la hoja de su espada española el lema grabado por Atlas de San Malo en su hierro de esgrimidor y duelista napolitano.

La Prensa lusitana refleja el éxito obtenido por nuestro compatriota.

En uno de los recortes leemos: «Al terminar uno de los asaltos, la banda de infantería hizo sonar los majestuosos acordes de la marcha Real española, y á las primeras notas estallaron entusiastas aplausos en honor de Lancha, que fué aclamadísimo, dándose repetidos vivas á España y Portugal.»

Otro recorte, refiriéndose á sus condiciones de tirador, dice lo siguiente: «He visto tirar y he tirado en París con muchos de los más fuertes tiradores del mundo; pero solamente he encontrado uno que me produjera igual impresión que la causada en mí por Lancha. Me refiero al gran Kirchoffer. No creo que pueda haber tirador más completo que Lancha. Si su juego de espada estuviera por el vigor de los ataques, por la pasmosa rapidez de los ataques, por la inteligencia, oportunidad de todos los movimientos, sus asaltos de sable dejan absolutamente desconcertados á los adversarios con quienes desear á algunos que no saben cómo pueden hacerse eso. No he visto tirador superior á Lancha en el juego de sable.»

Mil enhorabuena y un abrazo damos al formidable discípulo del maestro Saenz.

POLITICA RECREATIVA

Costumbre de la casa.

Dijo D. Antonio una vez gran cosa como cualquier tiempo sea el de San Ignacio ó el de la Flor, siempre para poner ejemplos. «La revolución desde arriba... Cierro, para amolar á los de abajo, y entre Cierros é inteligencias ó aleasales sigue la amoladura general, resultando que la frase no fué un alarde de pirroñencia retórica ni sus efectos fugaces como la espuma de la cerveza ó el humo de las virutas, etc., etc., pues no es cosa de hacer relación de frases olímpico-ingeniosas.»

Por revolución desde arriba debes entender, joh, amado Teófilo, ir contra aquellas costumbres que en nada afectan á la moral, que resulten gratas y que, al ser combatidas, molesten al ciudadano sin provecho para nadie.

Y ora se talan los jardines (sin que en este caso no atrevamos á decir que para nadie hubo provecho), ora se obliga á engullir á guisa de pavo al infeliz que tenga hambre trasnochada.

Decretas un día la ruina de las Empresas teatrales; otro, la de los taberneros, cafeteros, restauradores y dueños de casas de comidas y fignones, y de paso, y en otros días, aparecen *máscas* que van directamente contra la prosperidad comercial é industrial ó á perpetuar la existencia de los analfabéticos.

Y en el afán revolucionario desde arriba, ahora se decreta la muerte de los diputados, violencia y por ahí.

Así, con apariencia de amor al sistema parlamentario, teniendo meses y meses, para no hacer más abierto el Parlamento, cuando no un jefe conservador de indiscutible prestigio y autoridad declaró imperiosas las vacaciones estivales, por terquedad se dará un buen golpe al sistema representativo, y... vamos viviendo.

Hay que ir contra la costumbre y por gusto remontar la corriente.

Por todas partes leemos cartuchos en casa de comercio, donde dicen sus dueños: *Cerrado hasta 1.º de Octubre, según costumbre de la Casa.*

También lo era para la casa parlamentaria; pero dado el empeño de ir contra la costumbre y de obsequiar al prójimo con el canto de una esquina ó de un proyecto de ley de Administración local, queda dispuesto que mueran los diputados en idénticas circunstancias á las que procedieron al glorioso fin de San Lorenzo.

Y cuando se muere es para mucho tiempo. Afortunadamente, en la hecatombe están comprendidos los diputados de la mayoría; pero el caso es que no todos, por haberse establecido un turno impar con ida y torna de setenta entre conspícuos y diputados de parva representación.

¿Cómo ha de ser...! Y entre que unos desean ver el anuncio de *Cerrado, según costumbre de la Casa*, y otros por *Traslado del dueño*, Agostó se avienta, y de seguir los rigores de la temperatura, tal vez se lea el de *Por defunción de los dueños y la clientela.*

Recuerdos parlamentarios.

Hiena, las tribunas robosando y todos los periodistas en su puesto.

Don Antonio II, el Magnífico, alzaba su voz prepotente contra los liberales. El gesto, soberbio; los ojos, contoneantes; y las frases en torrente que dejaba tamaños á las *nidgaw-falls*.

En un aterrador apóstrofe dirigido al banco azul, el gesto airado acompañaba á los gritos de trueno en «¡ois unos *michificadores*!», orco que terminaba la frase saturada por un violentísimo movimiento de brazos.

En aquel momento, con la velocidad de proyectil y aun de arcotico, cruzó un objeto ante los ojos de Sánchez Guerra, produciendo una sensación de espanto entre los que ocupaban los bancos de la hueste conservadora.

—¡Dios mío... ¡Horror!—se oía exclamar—. ¿Qué será?...

Un puño postizo era, escapado de la manga del hoy elegante presidente.

—¡Un puño postizo...! *Il n'ia pas de grand homme!*...

Fué para mí y para muchos el hecho trivial: una decepción.

¿Qué hubiera replicado el orador ilustre en el caso de gritarle desde el banco azul: —Eso sí que es una mixtificación: la mixtificación de una camisa? S. A.

Del duelo... ¡Ay!

Todavía no se ha dado el caso de que se ponga sobre el siempre flamante tapete de la actualidad alguna controversia acerca del duelo sin que yo no haya echado mi cuarto á espadas francesas.

Puede calcularse, por lo tanto, que habrá tenido en este *travieso* unos cuarenta duelos, de un asalto cada duelo, y el que más, de dos asaltos, sin contar, eso sí, las veces que haya podido andar á *saltos* de mata, los cuales se dan con mucha más frecuencia en este campo que en el otro, en el del honor, los *asaltos de mata* también, afortunadamente.

Por esta vez andaba yo no poco reacio en batirme, sin que esto quiera decir que haya perdido facultades; antes al contrario, estoy más en juego que nunca, bien preparado, estoy para la lucha más cruel, ¡viven los cielos!... ¡¡ra de Dios!... ¡Rayos y centellas!... Pero las disquisiciones sobre la ley contra el duelo no habían logrado interesarme en grado suficiente para intervenir en ellas y exponerme á detrazar mi generosa tibia, hasta que he leído en el HERALDO DE MADRID un artículo de mi bella é ilustrada compañera de *armas negras*, Colombina, probable condesa de Colombine, si es rica.

Esta última y discreta escritora á quien sordo, tan discreta y quita como la otra á quien también aludo sin nombrar, creo yo que ha padecido un error, error no, á error no llega, pero, en fin, no estubo tan feliz en la elección de asunto, como es en ella peculiar por su clarividente criterio femenino, al tratar de la opinión de las mujeres en el duelo, y esto es otro duelo.

Yo estoy muy mal de procedimientos jurídicos, sí, muy mal; pero creo que desde el punto de vista de poder ser juez y parte de nuestra legislación, al decir de los inteligentes en la materia, hasta el señor marqués de Argüelles, inclusive, no se ha podido ser nunca juez y parte.

Creo asimismo, y de esto ya estoy un poco más enterado, que la mujer tiene derecho á todo lo del mundo, absolutamente á todo, menos á dar su opinión en los lanceos de honor entre los hombres.

¿Cómo va á entender la mujer de los lanceos de honor entre dos hombres, de los *duelos á muerte*, si es ella la que únicamente los produce? ¿Cómo ha de poder ser juez y parte de un duelo á muerte si se trata, ¡ha existido ni exista quien pueda modificar la quevedosa pregunta: «¿Quién es ella?»

Cuidadillo, que yo no quiero decir que la mujer tenga siempre la culpa, digo que es siempre la causa, que no es lo mismo.

Hay mujeres que provocan un duelo entre dos hombres, por delinquir; pero también las hay que le provocan, precisamente por no delinquir.

¿Ya lo creo! ¡Cuántos lanceos de honor se habrán evitado por transigir con el delito! Como que el delito se puede ocultar mejor que los preparativos; esto lo sabe cualquiera.

Y dicho se está que ignorando que el delito se comete anega el lanceo.

Apoyándose—porque soy muy cómodo—en otro orden de ideas, quién que no sea periodista, pronto se bate por cuestiones de su oficio? ¡Nadie!

A ver qué médicos se baten por una operación quirúrgica, ni qué abogados se baten por un pleito, ni qué arquitectos por un edificio, ni qué ingenieros por un puente ó por una mina, y, sin embargo, son profesiones que siempre andan á la greña entre sí por el lucro; pero sin batirse, en prudente competencia, en contiendas mansas.

En cambio, que á cualquiera de estos señores, médico, abogado, arquitecto, ingeniero ó perito mercantil no le den una mujer que él quiera de veras, ó que le quiten la que tiene, si la quiere, y veremos si anda á no anda á ligarse con el quecor del alma.

Fues bien; como el quecor del alma se forma como la vida causa, pongamos inconscientemente, de un duelo á muerte lo que opina de la concheta del matador y de la del muerto. Harlo hará con lamentar la desgracia, siempre en el mayor silencio.

Puede hasta llorar al muerto y llevarle flores á la tumba, si quiere, y sonreír al sobreviviente; pero siempre, en todo caso, sin decir esta boca es mía para exponer su opinión respecto al triste suceso; observar otra conducta sería, por lo menos, inmoral, ineptitud, indebididad.

Aquellos esculturales versos de mi amigo el poeta diplomático Rubén Darío

... y la más hermosa sonría á mis heros de los vencedores no reza para duelos personales; es para guerras.

Las mujeres pueden admirar la feroz de los hombres donde la hallen y opinar, menos en los lanceos de honor que no sean por cosas del oficio.

Las mujeres pueden pirriarse por el valor del soldado—por eso ni he citado á los militares al hablar de los que se baten por cosas del oficio, porque su oficio es el lanceo de honor, y tienen que practicarle por las cosas más nimias, aunque no sea más que para ejemplarizar—y comentarle como gusten.

Por todo esto es por lo que creo que mi distinguida compañera Colombina no estuvo feliz al reproducir opiniones de mujeres extranjeras que no revelan más que desocío.

Procuran las mujeres no ser causantes de que dos hombres peleen con saña, y lo demás déjalo al juicio divino y al de los demás hombres, porque esto del honor de los adversarios para ellas es una camisa de once varas, y una camisa de once varas requiere ir muy de puntillas.

Félix MENDEZ.



A los postres del banquete, un socio gritó en «la Huerta»: —¡No moverse... quietos todos, que el fotógrafo Pereda va á venir con el magnesio para retratar á los señores! Y al oírlo Peribáñez, que estaba con las molcajadas de una digestión difícil, se levantó y dijo: —Esperad, á mí, en lugar del magnesio, que me traigan la magnesia.

¡Vaya un cartel sensacional, señores! el de la gran corrida de la Frenal! Yo sé de uno que va, por un tendido, á empujar su mujer en seis pesetas. Y me ha dicho también que, por vengarse, como tiene gran suerte y es muy bella, mientras él está arriba, ella nos quiere pasar por la nariz su delantero.

—¡Señor! De qué sirven los cines modestos para los autores que empiezan á serlo y en los grandes teatros no pueden meter hoy el cazo? —¡Señor! De qué sirven, si ya los maestros, á más de dar obras á los coiseseos, con sus piezas invaden los cines y estrenan en ellos... —Así ayer alzó sus quejas al cielo un pobre muchacho que está concluyendo un drama llamado *Los pliegues del alma del mortal*.

¡¿Quién tiene el mozo por cima del pelo; pues lleva ya escritas de Pliegues diez pliegues... y esperaba sacar de sus Pliegues la mar de dinero!

En vista de la campaña que actualmente se está haciendo contra los autos valcozes, cierto *sportman* madrileño va á sacar, en son de chufia, su automóvil, que es soberbio, tirado por una hermosa pareja de buyes lentos. Perdónele el tal que, al decirle le haya matado el efecto... Y sepa, si buyes buyes, que sé de algunos muy buenos. Juan PÉREZ ZÚÑIGA.

SOCIEDAD EDITORIAL DE ESPAÑA

OFICINAS: CONDE DE ABAYTA 1.

FEMENINAS

¿Mamá? ¿Papa? ¿Quién? ¿Quién?

Los diferentes dictados que el respeto antepono á los nombres de las damas están dando siempre ocasión á controversias. Hoy son dos las cuestiones que se dilucidan:

1.º Debe distinguirse entre las solteras y casadas, como se acostumbra, ó darles una denominación común?

2.º Cómo ha de escribirse en castellano esta denominación, con su idioma de origen ó traducido al nuestro?

Respecto á lo primero es indudable que resulta enojoso, sobre todo si se trata de una soltera de cierta edad, oírse llamar señorita, y que casi constituye una injuria la pregunta imprudente de algunas personas al dirigirse á ellas: «¿Señora?»

La soltería, que debe ser el estado mejor de la mujer, cuando en la organización de la familia más libre no necesita la partida de casamiento para cumplir todos los fines de la vida, tiene, en la actualidad, algo de humillante; parece que una mujer solterona ha pasado entre la indiferencia de los hombres, cuando en más de una ocasión ha sido ella la despreciadora.

Yo creo que cada mujer solterona es una vergüenza para el sexo fuerte. Es la demostración de que no encontró nunca capaz de entender la suya, y preferió quedar sola mejor que violentar sus ideales.

Fero de cualquier modo, así como á una dama casada le alaba oírse llamar señora, á la soltera anciana le molesta el dictado de señorita, que también suele alarmar al marido de edad que acompaña á la esposa jovenca.

Lo mejor, á mi entender, sería llamar señoras á todas las mujeres, sin distinción de edades, posición ni estado. Respecto á la segunda cuestión las opiniones están muy divididas.

Dicen unos que lo mismo que los franceses no dan el dictado de *señora* ni *siñora* ni *señorita* á españolas, italianas y portuguesas, nosotros no debemos tampoco dar á las francesas el de *madama*.

Considerado así, tienen razón los partidarios de la traducción.

Pero no hay que desoir á los otros. Dejar el dictado de *madama*, *signorina* ó *signora* equivale á no presentar la nacionalidad y el estado de la dama de quien se habla.

Para mí, partidaria de la no traducción, hay una razón de más peso. No puedo resistir á la frase de Señora de *Seignés* ó Señora Stael, Ademá, la costumbre francesa de tomar completamente el nombre del marido hace resaltar mucho la falta de concordancia, que no hay silencio que justifique. Me hiera mucho más el oírse escuchar Señora Alfonso Daudet ó Señora Emilio Zola, que oír *Mme. Pérez* ó *Mme. López*.

Hay que notar que los dictados *mrs* y *miss* son los que menos se traducen, y los respetados hasta los franceses. Puesto deducirse de esto, como dejo anotado antes, que envuelven ideas de nacionalidad.

Recordo que en mi visita á las hermosas catacumbas de Nápoles el guardia que me las enseñó me llamaba siempre *signora* *madama*. Me creía francesa, y el segundo tratamiento indicaba la personalidad, á la que amañaba respetuoso el dictado de señores.

Valga por un entretenimiento mi escarceo entre estas encontradas opiniones, pues desde luego cada uno persistirá en las suyas.

Quando en cosas tan baladistas es difícil ponerse de acuerdo, ¿qué sucederá en cosas de un alto interés social?

Y, sin embargo, sería mejor dedicar á esta todo el tiempo que gastamos en discutir futuras pero...